

El dedo en la llaga The finger on the sore spot

Guadalupe Erro
FFyH-UNC



Acerca de: De Mauro, S. (Comp.). (2021). *Antología degenerada. Una cartografía del lenguaje "inclusivo"*. Cuadernos de lenguas vivas 2. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.

En esta antología, Sofía De Mauro ha reunido textos que abordan, desde la reflexión teórica y la poesía, uno de los temas más candentes de los últimos años. La ilustración de tapa recupera palabras de las distintas contribuciones y las dispone en una página que juega a convocar la dimensión de lo colectivo y me invita a articular los textos tomando fragmentos para entrelazar e ir tejiendo una presentación que dé cuenta de lo que este libro significa. Si bien hay pasajes que interesan textualmente, no cabe la referencia permanente a lxs autorxs como si esas palabras fueran solo de su propiedad, porque en realidad lo que dicen excede la dimensión individual de la autoría (autor-autoridad) para adentrarse en un espacio de reflexión y producción que es necesariamente colectivo y propiedad de todxs.

Como se afirma en el prólogo, cada intervención en el campo de la lengua es una marca, y esta antología que se define como "un rejunte degenerado, una cartografía insurrecta, deslenguada, atrevida, desacatada" (p. 8), al tiempo que explora y describe ese territorio en

disputa que es el lenguaje, marca la cancha y planta la bandera de la diversidad en un mundo que se obstina en lo binario, patriarcal y racista. Nada más naturalizado que el lenguaje. Si cuestionar la propia lengua o sospechar del lenguaje son cosas inconcebibles para tanta gente y motivo de reacciones reptilianas, entonces está clarísimo que tenemos mucho trabajo por hacer, y este libro es parte de ese trabajo.

Las preguntas son una constante; se multiplican, afloran por todos lados en los distintos textos, brotan de las fisuras en los cimientos del acuerdo y la convención lingüística, de la inestabilidad de una norma presuntamente inalterable y atemporal. Son movimientos sísmicos que se replican y sacuden todo, hasta la misma noción de inclusión y sus ambivalencias, algo que se pone en discusión especialmente en pasajes de val flores, Emmanuel Theumer, Paula Salerno, Nadia Zúñiga, emma song y Javier Gasparri. Lo anticipa De Mauro en las primeras páginas: "... hablamos de la inclusión como problema porque es un término que nos cobija y nos expulsa al mismo tiempo, nos incomoda y lo incomodamos, porque no queremos reproducir la fantasía progre que arrastra una política de la inclusión cosmética" (p. 9). En efecto, la designación de "lenguaje inclusivo" no nos satisface. La inclusión total es la utopía misma; no alcanza a decir lo que estamos haciendo, o bien dice cosas que no queremos decir. Genera más interrogantes: ¿se puede estar afuera del lenguaje?, ¿adónde queremos entrar o ser incluidxs? ¿no hay ahí un deseo de normalización? ¿queremos otra norma? En ese sentido, las denominaciones alternativas, como *lenguaje incisivo*, *lengua desobediente*, *uso no sexista*, *lenguaje descentrado*, *sin aduana ni peaje*, *desalambrado*, *tuttifruiti*, *culeado*, etc., dan cuenta de una inestabilidad fundamental que se vuelve crucial para entender la importancia del fenómeno como problema. Permanecer innombrable no es aquí una desventaja sino más bien una potencia, una forma de escapar a las dinámicas propias de un sistema que define, clasifica y asimila ("protocolícese y archívese").

Otras muchas preguntas emanan de lo que fue la fugaz incorporación, a finales de 2020, del pronombre *elle* en el Observatorio de Palabras de la RAE, organismo al que Paula Salerno define como "una suerte de purgatorio lingüístico donde el cielo es el diccionario y el infierno es el espacio mundano en que la lengua es usada por sus hablantes" (p. 149). En "La voluntad de inclusión. Preguntas, más preguntas", Emmanuel Theumer plantea una serie de interrogantes que surgen de ese gesto de dar marcha atrás y retirar la palabra del Observatorio "para evitar confusiones": ¿cómo es que un término observable de repente se deja de observar?, ¿cuáles son las "confusiones" que habrían de evitarse? Claro, la noticia se había viralizado como una concesión al uso de formas alternativas en la flexión de género. Terreno escabroso. Finalmente, nos hicieron saber que el Observatorio tiene la potestad de ignorar algunas palabras y suficiente prepotencia o soberbia como para desconocerlas si ya las hubiere

observado. Así entonces, mientras *porfa*, *bot*, *spoiler*, *guasapear* y *sanitizar* se pueden mirar, *elle* se va al ostracismo: es lo que no se quiere ni ver. Flagrante.

En torno de ese mismo episodio, María Pia López se pregunta por qué tanta alegría o tanta expectativa depositada en lo que haga la RAE. “Elles nos tienen hartes” es un texto que enfoca precisamente las tensiones entre la imposición de la variedad estándar en las instituciones y la demanda social de hospitalidad y reconocimiento de la alteridad ante autoridades que se pretenden inapelables. No hay duda de que, cuando hablamos de lengua, hablamos de política: de derechos lingüísticos, de discutir “la soberanía idiomática, las fuentes plebeyas de la lengua y el arcaísmo arrogante de esa institución monárquica: ¡Mejor que no haiga, antes que ser súbdites!” (p. 105). Basta con mirar un poco alrededor: el diccionario (*alias* “el mataburro”) es un instrumento de poder y de sanción que se obedece sin chistar; el voseo padeció su bastardía hasta fines del siglo XX, con un “reconocimiento oficial” que le llegó en 1982, cuando la Academia Argentina de Letras le dio su carta de ciudadanía como “norma culta” (de todos modos, me llama la atención cómo la gente que escribe poesía, incluso lxs más jóvenes, siguen usando el tuteo); los académicos de la RAE salen a aclarar que las mujeres “no nos sentimos excluidas” en el uso genérico del masculino; y mientras tanto, ¿cualquier novedad lexical surgida del mercado y la tecnología se contempla sin discusión? :o Tierra pedregosa si las hay, impugnar la autoridad de una gramática donde el hombre-varón es la medida de todas las cosas.

Esa ética nefasta de la obediencia y la pasividad se discute en “¿Elles hablan mal? Gramática del patriarcado, control e irreverencia”, donde Paula Salerno advierte la docilidad con que hemos estado recibiendo y aceptando las imposiciones en materia lingüística. Ergo, ¿no sería la irreverencia del uso libre e inestable de la flexión de género una forma de la justicia frente al empleo del lenguaje como herramienta de dominación y discriminación?

La lengua es campo de batalla, y el texto de val flores, “Lengua viva, disturbios somáticos, ¿deseo de normalización?”, despunta con el clamor de la revuelta para denunciar las políticas del acuerdo comunicativo cuyos modelos textuales normalizados e higienizados se reproducen en los medios, en las disciplinas científicas y en las instituciones del estado. El discurso hegemónico tiene un poder sedante porque reproduce lo esperable, no exige (auto)crítica ni reflexión. Es pura comodidad, zona de confort convertida en fortaleza, en ciudad amurallada que está siendo amenazada por el activismo disidente en modo insumisión a la normativa lingüística. Tiembla la tierra de las autoridades feudales ante la transgresión deliberada, perversión gramatical. Las potencias del desorden desconfiguran y jaquean esa *pax* idílica del *statu quo*. “Ya no respetan ni la lengua” –deploran lxs cruzadxs del masculino

genérico mientras auguran la caída del idioma nacional y reclaman porque se les quiere imponer “ideología de género” y obligarlxs a hablar en inclusivo–.

Proliferan entonces las voces indignadas por estas aberraciones que deforman nuestra querida lengua. Las palabras que eligen ponen al descubierto lo siniestro de los parámetros morales con que operan y lo endeble de sus *argumentos*. En “Cinco palabras en un caleidoscopio”, Mara Gluzman nos comparte una serie de ejemplos que muestran cómo se ha venido construyendo la otredad y la barbarie con vistas a (re)producir diferencias de clase y privilegios, *i.e.* el uso de la lengua como herramienta de discriminación. *Disparates, barbaridades, dislates, problemas, palabras enfermas, locuciones viciosas* o, simplemente, *errores* son los términos con que habitualmente se califican las contravenciones a esta normativa. La autora recorre algunas publicaciones que dicen destinarse a la juventud estudiosa o a personas cultas y que, de este modo, configuran un imaginario de ascenso social por medio del uso correcto de la lengua, del bien hablar, trazando límites que definen (y producen) el error, lo incorrecto por oposición a la palabra autorizada. Así pues, de la misma manera que hay cuerpos aceptables y deseables, la lengua estándar vendría a ser la única aprobada, la legitimada, a la que todxs queremos acceder para ser mejores, para llegar a ser alguien (mandato social que se enuncia siempre en singular). Semejante imposición genera hablantes paranoides, “un superyó metalingüístico que se angustia con la falta propia; un fascismo de las pequeñas correcciones que goza marcando la falta ajena” (p. 96). En la misma línea se inscribe “Semiosis de lo prohibido”, donde Nadia Zúñiga reflexiona sobre el papel del lenguaje de lo binario en la construcción de hegemonía, jerarquías, otredades, verticalidades, ostracismo, lo correcto, lo legitimado, lo posible, lo normal, la vergüenza, el asco, todo eso que no debiera existir. En efecto, una semiosis de lo prohibido ha configurado lo defectuoso que hay que denunciar, corregir y disciplinar; lo monstruoso que ahora se atreve a desafiar la *normalidad* y reclama ser mencionado con otros morfemas de género.

En esta planicie asolada por una mentalidad carcelaria y policial, nuestra sospecha colectiva sobre el lenguaje es una actitud emancipadora que humedece la tierra. Permite sembrar preguntas para discutir esa pedagogía conservadora de la pulcritud, la observancia de la regulación y la criminalización de las diferencias; para interpelarnos como sociedad “educada” adiestrada en la disciplina obsecuente y la represión; para impugnar esa mirada esencialista que entiende la identidad como algo estable que tiene su correlato en la lengua y sobre esa base construye formas de ser aceptables, espacios de pertenencia legítimos, o sea: un otro y un afuera.

“¡Adentro!”, grita María Moreno y le saca la careta al argumento de que los cambios en la lengua suceden “inconscientemente”, revelando lo que se oculta ahí detrás: la necesidad de

desacreditar la movida colectiva generadora de acuerdos por fuera de lo establecido en la gramática tradicional (un conjunto de reglas que se nos presenta bajo la forma de lo obvio, natural e incuestionable, pero que resulta de un trabajo milenario respaldado por la escuela). En “La lengua ano-mala: algunas anotaciones y una posibilidad”, Javier Gasparri destaca el efecto corrosivo que tienen las marcas alternativas de género frente al masculino presuntamente universal. En efecto, incluso como aporía de experimentación permanente o genuina creatividad, las formas inclusivas insisten en lo indecible del género, en la imposibilidad de reducirlo a dos categorías estables, en la necesidad de asumir que el lenguaje no puede abarcar lo múltiple de la experiencia para con el género y la sexualidad. En este sentido, la interferencia que produce el inclusivo es parte de una práctica descolonizante que nos ayuda a posicionarnos política e ideológicamente en tanto usuarixs de una lengua que se nos impone como si fuera pre-política y neutral mediante la trampa de que *masculino* y *universal* son sinónimos.

Buena parte de los textos también explora el territorio desde la mirada de la poesía, de lo literario. “Entre lenguas”, de Daniela Catrileo; “Vidalita, vidalita”, de Susy Shock; “Si nombrarse es existir, hablo el idioma de los árboles como otra forma de autodefensa”, de Lucas Mostro; “Nación trava”, de Morena García; “El del baño”, de Maleno Demin Abba; “Devenir”, de Celeste Saravia; “Cara de indie/a/o”, de Ga Veleizan; “Poemas y Manifiesto post apocalíptico punk”, de Gabby de Cicco. Linda apuesta, porque la poesía parece ir por otros senderos, pero no deja de ser teoría, un ejercicio teórico experimental.

Estamos haciendo teoría y tenemos mucho para decir, para que otrxs nos lean y empiecen a preguntarse por qué seguiríamos hablando una lengua que nos borra, por qué nuestros nombres no están en el diccionario, como afirma emma song en “La letra habitual”, mientras combina de manera sugestiva prosa y verso. La clave puede estar en “hacernos de otras posibilidades de narrar nuestras identidades, afectos y compromisos con l*s otr*s; sin intentar habitar la conclusión definitiva de lo que debería representarnos” (p. 208), a pesar de que el deseo de un relato que abarque la totalidad de las diferencias no nos libera de los peligros de un signo otra vez totalizante.

Las palabras no alcanzan; y nada va a ser suficiente mientras sigamos naturalizando o aceptando cosas terribles. Lo que hicimos hasta ahora movió un poquito el piso y ahí nomás salió la yuta. Está claro que metimos el dedo en la llaga. Sabemos leer y ya no somos voces invisibles ni merxs usuarixs pasivxs. Esta tierra es nuestra y plural. Nada de pureza, pura diversidad.

En la arena teórica del lenguaje se desmoronan argumentos atávicos disfrazados de ciencia y racionalidad. Esta *jerga de la disidencia* –como me gusta llamarla– tiene una militancia

subversiva y un relato perturbador. Las líneas trazadas en esta cartografía no son solo siluetas y contornos; también son herramientas de trabajo, consignas, banderas, semillas para plantar y multiplicar.

Fecha de recepción: 6 de mayo de 2022

Fecha de aceptación: 16 de mayo de 2022



Licencia Atribución
– No Comercial – Compartir Igual
(*by-nc-sa*); No se permite un uso
comercial de la obra original ni de
las posibles obras derivadas, la
distribución de las cuales se debe
hacer con una licencia igual a la
que regula la obra original. Esta
licencia no es una licencia libre.

